



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12221

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ño.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
a 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d.
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumaitier
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

JUEGOS FLORALES

Discurso del Mantenedor Sr. Unamuno

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es lo primero rendir gracias á los que me habéis brindado con vuestra coyuntura, y tal como es ésta, de mostrar á público español la vena de mis pensamientos, poniéndolos así á prueba.

Gusto aún más de estos festejos desde que sobre ellos ha caído algo de la desastina que suele aquí caer sobre todo aquello que ha perdido el hechizo de su novedad; reducidos á hábito nos atraen con fuerza á los que tiramos á hacer nuevo el sol de cada día y de la vida una creación continua.

Me habéis llamado á una ciudad á la que poco más que de nombre conocía hasta hace poco, con la que no me ataba hasta hoy; lazo especial alguno y es que no me habéis llamado á mí, sino á las tendencias —pues no me atrevo á darme el nombre de ideales— que me empujan y avientan á los anhelos de un español que entre vestidas, tumbos, arredros, esguinces y rofeos, busca, con otros, luz de nuevos senderos para su patria.

Tengo á la vez por seguro que esta vuestra llamada quiere decir que estimáis la de robustecerse estas fiestas con preocupaciones de algún peso, con las inquietudes que mueven ó pueden mover al alma nacional, que si son justas literarias, no se contraría la literatura á sólo vaga amenidad, sino que ha de ser espejo del alma toda, retratando sus más entrañados desahogos. Por haberlo así entendido misetelo en vuestro cartel puntos de largo alcance social. Me imagino venir más que á distraerme en un juego, á celebrar un oficio de culto patriótico.

Es, además, faltar de balde al pueblo que concurre á estos certámenes el anpor que le enojen ó canten las pláticas graves, como se hace bien poco honor á la mujer en estimar que su presencia aquí pide mayor frivolidad y juegos de artificio, como si lo dicho para hombres no puedan oírlo, entenderlo y aquilatarlo ellas. (Triste condición la del fetiche! Desgraciada postura la del ídolo fijo al altar y en él preso, al que se saluda con el barato incienso de fáciles galanterías, más para tenerle sometido á los caprichos del interesado y arbitrario adorador! Y con él se hace lo que en no pocos lugares con la imagen milagrosa á que se pide algo; si no se pliega á la rogativa ¡al pozo con ella! Quiero hablar, pues, para varones y mujeres, para hombres, dando á esta palabra el ancho sentido en que abarca á dios y otras.

Y ahora ¿qué os digo?

Al mandarme acudir á vuestro llamamiento, empujábame mi ánimo á encasillar en este acto alguno de los calidades de orden ideal enseñoreadores por ahora de mí mente, ideal azorarme por eso que las gentes de mundo llaman oportunidad y que lo es nada más que pasajera. A lo que está de Dios quiero estar siempre, sin doblegarme á lo que pasa y no queda. A Cartagena me pregunté, y el sólo nombre de vuestra ciudad me sirvió ya de asidero. Para renunciarlo y redondearlo me moví á oír lo que de vuestra población nos cuentan las historias.

Porque ella atrae á la memoria al pueblo que según la más avisados revolovedora

de cosas viejas bautizó á nuestra patria. Pues dicen que Ispania, nombre con que los cartagineses dejaron á los romanos nuestra península, vale en la lengua fenicia tanto como Isla del Tesoro, siendo este tesoro los criaderos minerales del subuelo de la tierra española, de esta comarca muy especial, una de las primeras en que echaron pie aquellos navegantes que con el trueque de productos de la tierra y de la industria derramaban el comercio de ideas: la cultura. Esta ciudad evoca el recuerdo de las primeras invasiones históricas en España; colonia acaso griega, fenicia tal vez, fué primero; Cartagineses después asiento de aquellos marineros semitas que pusieron el arte militar al servicio de los intereses mercaderes.

Aquí, en España, se desarrolló la lucha entre Cartago y Roma por el adueñamiento del mar Mediterráneo de una parte, de nuestras riquezas minerales de otra. España fué el principal tablado de aquel drama. Seguido de españoles, más fieles y más duros que los numidas, cruzó Aníbal el Pirineo y los Alpes para ir á endeblescerse de ánimo en las blanduras de Capua. Rñieron por este mar, golosina de pueblos domeñados sucesivamente por tantos de ellos.

Lo sabéis bien, pues han pisado nuestros umbrales fenicios, vándalos, romanos, bizantinos, moros, aragoneses y catalanes con Jaime, castellanos con Fernando el Santo, ingleses con Drake. Estas cosas presenciaron, el Sol que luce de las aguas, el choque de dos civilizaciones y al apoderarse Escipión de esta vuestra ciudad quedaron de hecho desterrados los cartagineses de España, subyugados nosotros al poderío romano y encarrilada desde entonces nuestra historia.

¡La historia! Poemas memorias más engañadoras que ella! Llevamos romachado en la retentiva un contorno geográfico de España; á algunos nuestros que el ras del mar bajase cambiaría ese contorno hasta llegar á hacérsenos irreconocible. Así nos ocurre con la fisonomía histórica de un pueblo. Si el nivel del olvido fuese bajando hasta dejar á descubiertos terrenos hoy por él tapados, cambiaría la composición que de la historia europea nos forjamos. Es mucho más lo que vive y alienta bajo las crónicas, en la lundonada de los hechos eternos, que cuanto ha quedado impreso en el tablero registrador de los sucesos temporales. Los franceses de hoy son los galos que describieron Tito Livio y César, los alemanes, los germanos de Tácito, nosotros somos los iberos con su desconcierto y su cantonalismo, de que esta región dió no há mucho típica muestra; los sucesivos acarreos de pueblos no han hecho más que dejar un ligero rastro de sobrehuza levadiza. Genio y figura hasta la sepultura.

Fuimos romañizados á pesar de Indibil, Mandanio, Viriato y Numancia; lo más y lo mejor de que á cuesta llevamos debé moscelo á Roma, latina es antes que nada nuestra cultura, pero ni lo somos deudores á Roma de las entrañas de nuestro espíritu ni es de creer que hayamos aún convertido en carne y sangre propia esa cultura inman de que estamos revestidos. Acaso para civilizarlos reprimió y comprimió Roma

muchos de nuestros más radicales instintos; la corriente histórica no corre siempre pareja con la soto histórica como no siempre sigue el río que á luz se tiende el rumbo mismo de las aguas soterráneas; hay fallas. Paréceme nuestra historia un sueño, un secular engaño, sin más que algún que otro momento de afirmación de honduras, paréceme un combate del alma española con su estrella. Es muy profundo símbolo el de aquel Segismundo que arrancó Calderón de los entresijos de su alma española, tan profundo como D. Quijote, su hermano. Llevamos á cuestas la pesadumbre de una cultura ni adentrada ni apropiada aún.

Derecho, lengua y religión, las tres potencias del alma popular, son en nosotros romanas, pero escurbando pudieran ser sinitéels latir y aun resollar bajo ellas las almas más ó menos reprimidas de los decheos, las lenguas y las religiones nativas de nuestro pueblo.

Las mismas diferencias históricas que nos separan, herencia de las que separaban á las tribus ibéricas, cubren unidad de fondo, una raigambre común que por el tronco nacional viene á formar con sus varias ramas comunidad de copa que al mismo sol verdece su follaje; la unión que nos corona y colma arranca de mucho más abajo de lo que se cree, y en todo caso una convivencia secular, bajo educación latina, nos ha anidado á todos, soldando aquel revoltijo de gentes.

El meritísimo investigador de nuestras costumbres de derecho, D. Joaquín Costa, se engolosinó y preparó su labor escudriñando nuestras antigüedades pre romanas. Las Partidas fueron obra de cultura, es verdad, pero obra de desespañolización á la par. Ellos, los romanos, nos trajeron la concepción jurídica que de la propiedad abriga los pueblos acaparadores de tierra, los de los hilos y majones, tan distinta de la concepción de los pueblos de pastores peregrinos, como de la concepción de los mercaderes que peregrinan por el mar; acaso ellos barraron de nuestro país algo al modo de la redistribución del jubileo sabático, de que quedan aún rastros en nuestra patria.

Vengamos á la lengua.

Lengua latina es hoy el más apretado escudo de unidad nacional; en ella pueden y deben encarnar nuestros espíritus. Latino es también el catalán, hermano del castellano, latino y español. Verdaderamente ha sido un genio de urdimbre luttimamente española, en puro catalán, español, y en puro español, universal; Camoesa, que escribía como en lengua la castellana, pertenece á la raza común ibérica.

Mas el latinismo de la lengua española es lo corpóreo de ella y aún siendo de pura cepa latina, cierto comeción por distinguirse parece arrastrar á no pocos escritores, aún sin ellos porcatarse, á anteponer el caudal allegadizo de los libros latinos, las voces que de estos sacaron para meterlas en nuestra lengua, cuando ya ésta estaba madura, los calengos á prestos sabidones de la fable de Talis á Marón, prediciéndoles á la vieja herencia popular, al fonde romancesco y entrañado, españolizado, en

siglos de empleo diario, al que desde los soldados romanos que nos dieron su lenguaje vino haciéndose propio al rodar de buen oído y de oído en boca. Y así construyen un desabrido idioma escolástico, oratorio y libresco, que rehuya, por instinto, de toda expresión que chorree vida arrancada al tráfigo de los quehaceres de cada día. Contra un rebuseamiento hay como remedio otro; pues tal es la ley del vaivén. Bajo la lengua oficial, urbana y parlamentaria, la de la prensa y la escuela, verbenas en los campos otra, aún no se ha acalado de renajar y cuejar en masa viva los dialectos populares y campesinos del romance castellano. De latín el digerido, no el indigesto!

Mas es á la literatura á donde hay que ir á gustar al espíritu de nuestra habla, nuestro lenguaje interior. De muy antiguo nuestros jugueles vistieron de latín sus ideas, mas siempre guardando en manera privativa y propia. Séneca y Lucano: primero, Prudencio después desdichados con sello propio en la literatura latina; tienen ya el estilo, ora lynchado, ora sentencioso, el estilo profético que ha de señalar á nuestras letras; llevan semilla los vicios de éstas, vicios á la vez arranque de sus virtudes. En su expresión apasionada, intemperante, violenta y excesiva, pasando de la elipsis á la redundancia, quebriándose á ratos de sutil, oratoria y hasta declamatoria á cada paso, nada oraciona.

Nunca fuimos de corazón clásicos, románticos siempre, y hasta atropelladores de esa quisicosa que por ahí fuera denominan buen gusto y que es su gusto, el de ellos.

Tan trastocado anda el juicio que se llama castizo á clásicos nuestros que tuvieron de castizo poco, infundidos ya por latinos, ya por italianos, ya por franceses. A nombre de latinismo se nos predica claridad y parsimonia, armonía y medida, y esa claridad es la claridad francesa, que se logra cerrando los ojos al misterio, y esa armonía es la armonía italiana de vuelcos cudentes trouadorasas. Se nos dice que debemos poder nuestra lengua literaria y poética como si se tratase de criar en huerta árboles frutales y no de dejar que crucen bravios en el soto árboles de follaje que den frescor de sombra y espesura en que cuelguen sus nidos los ruiseñores que seajulados mueren.

El conceptismo que apunta en Séneca, el gongorismo que asoma en Lucano y el realismo truceulento de Prudencio, hermano del realismo escabridio de los Cristos decoyantados y sanguinolentos y de las Doloresas con lágrimas, fueron y son rechazos naturales de un espíritu apretado por una estética arrimadiza y de pegadura. Las épocas de imitación han sido las más baldías de nuestra literatura, aqueñas en que menos nos hemos asimilado lo ajeno. Imitación sólo dió algo de castizo y de genuino la de los arrebatados acentos del prefetismo hebráico, soníticos, de la austera voz del dolerito. No la imitación, la comparación es la que rinde fruto.

Y ahora parad por un momento en la religión, que es la única filosofía de verna popular, donde mejor se revela el natural to-

do de un pueblo. Triste cosa es, en verdad, que se habie hoy aquí tanto y tan á tantas y á locas de eso que llaman casellón religioso, y que no le es, sino político, socialista, tanto de parte de una facción como de parte de la contraria. Debo de ella hay para muchas almas de españoles y puede y debe haberla para las más de ellas á poco que se les hurgue y zarandee los hondones, una verdadera cuestión religiosa: la inquietud de como han de convivir con su Dios y desecubrirlo.

Dios es uno, pero es apasado bajo distintas apariencias á cada pueblo y acaso al nuestro se lo tienen velado bajo especies cortinones. Se nos ha pegado ese maridaje de Evangelio, galileo, y de derecho romano en que aquí se nos ocurre y emburba, ese funesto arraglo entre el sermón de la montaña y las doce tablas. Y así se abogan ó se contrahacen las ansias radicales del pueblo.

Bajo el fetichismo y la emperación popular de nuestro campo, como bajo el fetichismo y superación arábigos en tiempos de Maloma, alienta un soplo religioso y de religión no estética: sino de visión y sentimientos ardientes y alisecados, de la tragedia de la vida, de la vida que es sueño, un soplo de sabiduría alembica, del Eclesiastes, y con ella un cierto culto á la muerte riviscadora, culto que despuntaba ya en estoicismo seneciano. El sentimiento de la nadería de todo lo temporal ante el eterno dá á nuestro pueblo una entereza que le abroquelaba contra los combates de la vida. Con ocasión de nuestras recientes desastres se ha ponderado por ahí fuera, alienado el Pirineo y no sin claro dejo irónico, la filosofía de nuestro pueblo. No comprenden bien la reposada sumisión al Destino, que es nuestra mayor fuerza de aguante. Esta resignación, que no es medrosa á poco que el progreso nos aguijonee, puede pasar de ser una remora á ser un regulador del acicate. El niquito de la locelón del vanidad de vanidades, que tan á veces tiramos, nos ha de ayudar al mejor cultivo de esa misma vanidad imprescindible; á sostén bien la vida pasajera.

¡Luz de nosotros tiempos pujan de desquitar! Sia volver la vista atrás al wongojarnos por lo irresoluble: avanzamos mano á la maucera, tranquilos y arrojados para el Destino justiciero. No gaudémos renor alguno al instrumento de que se valió recientemente la eterna justicia para aleccionarnos con castigo duro.

La más acalada versión del espíritu evangélico á la española la tenemos en aquellos jugueles pasajes del más punitivo de nuestros genios, de Calderón; en aquellos versos de la obra hermanada de "Quijote" «La vida es sueño».

Señores, alio subtemon otra vez, pero há de ser con atención y convejo de que hemos de despertar deste gusto al mejor tiempo.

Dame los brazos. ¡Qué dice! Que estoy soñando y que quiero obrar bien; pues no se pierda el hacer bien, ut omni en sueños.

(1) En atención á la importancia que revisten los Juegos Florales que se celebran esta noche y para que el relato de la fiesta llegue á conocimiento de nuestros lectores, retardamos la salida del presente número, hasta que termine dicha solemnidad. Sirva esta advertencia de explicación al hecho de que El Eco del día 8 se ocupe de sucesos que ocuparán la madrugada del siguiente día.